

MANANA finalizan los tres días de luto oficial decretados en homenaje al recuerdo de don Luis Carrero Blanco, presidente del Gobierno español, salvajemente asesinado en las primeras horas de la mañana del pasado jueves. A título póstumo ha sido ascendido a capitán general de la Armada (primer marino español que alcanza este rango en el régimen) y se le ha conferido el título de duque de Carrero Blanco. Se sigue así la tradición de otorgar el ducado de su apellido a los presidentes de Gobierno muertos en acto de servicio, asesinados en el ejercicio de su cargo. Desde 1870: Prim, Cánovas, Canalejas y Dato.

En el Consejo de ministros reunido ayer, una silla vacía recordaba la figura del almirante. El señor Fernández-Miranda, quien en calidad de vicepresidente ha ocupado automáticamente la presidencia interina del Gobierno, se dirigió al Jefe del Estado en términos que se resumen en sus palabras finales y que explican la actitud del Gabinete: «A sus órdenes, mi general.» El Gobierno ha acordado «las medidas necesarias para el normal funcionamiento» y ha hecho hincapié en el hecho de un absoluto mantenimiento del orden público en todo el país.

Un trance tan doloroso como el del crimen perpetrado en la persona del presidente del Gobierno —del primer presidente del Gobierno de la ley Orgánica— no ha dejado de dar su fruto a la comunidad. El último servicio a España de don Luis Carrero, con su muerte, ha sido el de demostrar, por encima de los indudables propósitos catastrofistas de sus asesinos, la invulnerabilidad del Régimen ante los avatares personales. No se matan las instituciones junto con un hombre, por altas que sean las responsabilidades de éste. Con arreglo a la ley, el vicepresidente del Gobierno asumió las funciones de la Presidencia, y en el plazo de diez días el Consejo del Reino habrá de proponer una terna de nombres al Jefe del Estado para tan alta magistratura política. Ello sin olvidar que en el pasado mes de junio —cuando el almirante Carrero formó Gobierno— quedó sólo temporalmente suspendida la vinculación en la figura del Caudillo de las Jefaturas del Estado y del Gobierno. Franco, por tanto, haciendo uso de sus prerrogativas, podría retrotraerse de aquella desvinculación y volver a asumir, si así lo estimara conveniente la Presidencia del Gobierno.

De otro modo, el Consejo del Reino, como queda apuntado, es el llamado a ofrecer, antes de diez días, una terna de alternativas al Jefe del Estado para suplir al desaparecido señor Carrero Blanco. Sólo horas antes del magnicidio, este Consejo había procedido a una renovación parcial por elección de sus componentes representativos. Don Alejandro Fernández Sordo, don Angel González Álvarez y don Miguel Angel García-Lomas (grupos de Sindicatos, Rectores y Administración Local) han ocupado las vacantes dejadas en el Consejo por los señores Martín Villa, Muñoz Alonso y Arias Navarro.

En la noche del día del atentado, el presidente en funciones del Gobierno, señor Fernández-Miranda, se dirigió por radio y televisión al país, en un breve mensaje, recibido con unánime alivio. «Nuestro dolor —dijo— no turba nuestra serenidad. La serenidad en estos momentos es la mejor expresión de nuestra fortaleza. La responsabilidad en el ejercicio de la autoridad no admite que la emoción turbe el espíritu ciudadano de nuestro pueblo. (...) El ejemplo vivo del almirante Carrero Blanco, la firme serenidad del Caudillo y la nobleza de nuestro pueblo encuentra en el Gobierno el profundo eco y la segura actitud que el momento exige.» Tras unas horas de lógica incertidumbre, estas eran las palabras que el país deseaba escuchar.

La condolencia y el repudio ante el criminal atentado en la madrileña calle de Maldonado se han manifestado por múltiples conductos. El más explícito de los cuales lo constituyó el entierro de ayer del almirante en el cementerio de El Pardo y las honras fúnebres de capitán general con mando en plaza que se le rindieron en la capital. Aquejado el Jefe del Estado de una afección gripal, el Príncipe de España

presidió el duelo. El vicepresidente de los Estados Unidos —Gerald Ford—, el primer ministro portugués —Marcelo Caetano—, los ministros de Francia y Gran Bretaña —Poniatowski y duque de Lancaster— y los enviados de otras naciones, unidas al pesar del pueblo español, representaron en las exequias a sus respectivos países. Alrededor de cien mil personas se congregaron en las calles de Madrid para sumarse al cortejo fúnebre del presidente Carrero.

Las condolencias expresadas por los más altos dignatarios de todo Occidente han afluido a Madrid en las últimas veinticuatro horas. En el interior, personalidades de muy varia significación y representación política han formulado idéntica repulsa por tan bárbaro atentado, así como su confianza —corroborada por los acontecimientos— en la solidez de unas instituciones cuya existencia no se cifra en la perececia humana de quienes las encarnan o representan. Y a esa solidez institucional es de justicia sumar el alto nivel de civismo manifestado por la población en tan graves horas. El orden público, tal como ha dicho el Gobierno, ha sido total. La población se recogió pronto en sus casas para seguir los comunicados de la radiotelevisión, que emitía en cadena nacional. Los espectáculos públicos, en la misma noche del jueves, aun antes de conocerse el luto de tres días, cerraron espontáneamente sus puertas en señal de duelo. Cientos de personas, en la madrugada del 20 al 21, se congregaban en Madrid, a las puertas de la Presidencia del Gobierno y de la Dirección General de Seguridad, donde se velaban los restos del presidente y del policía de su escolta personal.

La Prensa de todo el mundo coincide en la justa apreciación de que en la persona del almirante no se ha dado muerte a un político más, sino al mejor intérprete de las directrices del Caudillo y al hombre que desde los inicios de la guerra civil le había asistido con quizá irrepetibles dotes de discreción, diligencia y lealtad. No es este momento de insistir en la conocida biografía de servicios del extinto presidente, pero sí de expresar una vez más nuestro pesar por tan dolorosa pérdida, tanto por su entidad como por las trágicas circunstancias en que ha acaecido. Contrapesado este dolor por la tantas veces justificada confianza que merecen unas instituciones a cuyo timón permanece el Jefe del Estado, asistido por la garantía de futuro que encarna el Príncipe de España.

KISSINGER.—El secretario de Estado de los Estados Unidos de América se entrevistó en Madrid con el Jefe del Estado, el Príncipe de España, el extinto presidente del Gobierno y su colega español, señor López Rodó. En las reuniones de trabajo mantenidas con las autoridades españolas se abordaron los temas de las relaciones atlánticas, conflicto del Cercano Oriente, situación mediterránea y convenios hispano-estadounidenses. El comunicado conjunto hecho público al término de esta visita oficial, hace referencia a «un acuerdo de principio para formular una declaración conjunta (...) de principios. Ambas partes están de acuerdo en que España es esencial para la seguridad de Occidente y para el mantenimiento de la paz. Están de acuerdo, asimismo, en que España debe participar en pie de igualdad con los demás países del área atlántica en el establecimiento de un orden internacional justo y estable».